

El Rincón de Haika

AMORES DESEO KUIR EMOCIONES DIVERSIDAD ROMANTICISMOS GENERO SEXUALIDAD
MASCULINIDADES QUEER AFECTOS POLITICAS SEXO MITOS
QUEER DIVERSIDAD FEMINISMOS AMORES

EL AMOR ROMANTICO PERJUDICA SERIAMENTE LA IGUALDAD

Coral Herrera Gómez



COLECCIÓN
VOL. 4



Autora: Coral Herrera Gómez

Diseño de portada y material gráfico: Jorge Morales Carbonell

Año: 2012-2013

Geolocalización: Madrid-San José

Fuente original de los textos: El Rincón de Haika

<http://haikita.blogspot.com/>



“El amor, o el amor organizado socialmente (como una actividad creativa y práctica interhumana), es de hecho el tercer tipo principal de poder que mueve la historia y que, por ello, debe considerarse su significación teórica y tomarse seriamente como tal. En nuestra sociedad, el amor humano ha obtenido, especialmente durante la última mitad del siglo, un rango comparable al del trabajo humano en el siglo XVIII”.

Anna Jonasdóttir, 1993.

“El hombre celoso no es el amante que ama;
es el propietario que se enfada”.

Madame de Staël

“Raras son las mujeres que no han soñado con el “gran amor”, raras las que, en un momento u otro de su vida, no han expresado su amor por el amor. En la mujer se confirma una necesidad de amar más constante, más dependiente, más devoradora que en el hombre”.

Gilles Lipovetsky

“Toda mujer tiende a identificar el ritual amoroso con la posibilidad objetiva que se le presenta de lograr su propio ascenso social gratuito, sin recíproca responsabilidad alguna de su parte. Es la magia del amor. De ahí que para la mitología femenina, la boda sea el ritual que representa simbólicamente las oportunidades de éxito social, y eso aún hoy”.

ENRIQUE GIL CALVO



Índice

Introducción: El Amor perjudica seriamente la igualdad

1. Un marido con plata
2. Las luchas de poder
3. El miedo masculino a la potencia sexual femenina
4. La doble moral sexual
5. La dependencia emocional femenina
6. ¿Están los hombres en crisis?

Anexo: ¿Para qué sirve el feminismo?

Introducción: El amor romántico perjudica seriamente la igualdad

Las historias de amor romántico siempre acaban en el día de la boda, pero nunca se nos cuenta cómo está Blancanieves después de cinco años de matrimonio y trabajando igual que como lo hacía cuando estaba con los 7 enanitos. La imagen del príncipe tomándose su birrita mientras ve el partido, completamente ajeno al mundo familiar, es lo contrario de lo que nos habían vendido. Miren qué cara de poca felicidad tiene la muchacha...

No nos cuentan qué hay después de la boda porque no es el paraíso de armonía que nos habían prometido. No es la fuente de felicidad absoluta, y pronto nos damos cuenta de que el amor está mitificado en nuestra cultura. Ocultando los problemas, el mito permanece siempre puro e incorruptible ante el paso del tiempo; su función, entre otras, es que todo siga todo tal y como está. O sea, los hombres viendo el fútbol o leyendo el periódico, y las mujeres asumiendo toda la carga doméstica y el cuidado de los bebés.

El amor romántico perjudica seriamente la igualdad, porque sigue representando a los hombres y las mujeres como seres diferentes con roles opuestos pero complementarios. El modelo masculino son príncipes azules activos, fuertes, protectores, y a las mujeres se nos representa como princesas débiles, sensibles, y desprotegidas. Se nos educa para el amor, para que deseemos ser amadas por encima de cualquier cosa, para que se nos meta en la cabeza la idea de que solas no somos nada. Por ello se dice que el día de la boda es el más importante en la vida de las mujeres, que si no logran marido parecen no triunfar socialmente.

A los hombres en cambio se les mutila emocionalmente para que no muestren sus sentimientos en público, para que disfruten de su libertad y huyan de las mujeres hasta que no les quede más remedio que asentar la cabeza y formar una familia.

El peligro de este modelo romántico está en los hombres que asumen sus privilegios de género dentro de la pareja y que someten a sus compañeras a diversas humillaciones, tanto físicas como verbales. El maltrato que soportan las mujeres es mayor cuanto mayor es la dependencia afectiva y económica, y cuanto mayor es su capacidad de autosacrificio en pro de la armonía y felicidad del marido y los hijos.



Las mujeres jóvenes se casan pensando que serán felices y comerán perdices, seducidas por el mito del amor romántico como fuente de salvación, pero pronto tendrán que asumir su doble explotación (laboral y doméstica), y su papel de criadas del hogar no les deja mucho margen para dedicarse a sí mismas. De este modo, y siempre en nombre del amor como un sacramento en sus vidas, las mujeres son educadas para soportar no solo la carga de trabajo, sino también para que sean sumisas al marido, **lo que descompensa totalmente el amor como un espacio de intercambio recíproco de cuidados y cariño.**

Si bien socialmente esta división de roles dentro de la pareja amorosa va cambiando paulatinamente, gracias al avance del feminismo y a las políticas y las leyes de igualdad, los cuentos que nos cuentan siguen siendo los mismos. Películas, canciones, novelas, series de televisión, siguen repitiendo hasta la saciedad el mismo modelo de dependencia amorosa heterosexual, dual, monogámica, como la quintaesencia de la felicidad. Por eso **es necesario inventar otros cuentos, desmitificar el modelo tradicional basado en la posesión y el binomio dominador-dominada, inventarse otras formas de relacionarse, y abrir el abanico de posibilidades afectivas, sexuales y amorosas hasta el infinito.**

Coral Herrera Gómez

1 Un marido con plata

En la peluquería es el lugar donde más aprendo sobre el patriarcado. A mí me encanta hablar con mujeres sobre los mil temas que nos preocupan a las mujeres, pero en la peluquería a la que voy no se habla de economía internacional, política global o local, temas de corrupción o desempleo, la precariedad económica, o la suciedad de los ríos de la ciudad en la que vivo. En la peluquería de mi barrio se habla de consejos de belleza, trucos domésticos, temas de salud y nutrición, de sexo y amor. Las mujeres que van a mi peluquería hablan mucho de los maridos y las hijas y los hijos, y el entorno familiar. El suyo y el de otras mujeres: gustan hablar de la vida de las famosas, de sus romances y divorcios, de sus casas.

A mí me cuesta participar porque tengo un pequeño problema de sordera que a veces me aísla un poco de las conversaciones. Además me siento un poco antropóloga, y a veces un poco rara, porque no me río de los chistes machistas y cuando me miran para que les ría la gracia pongo cara de mazapán congelado. Me gustaría hablarles del tremendo coste emocional y vital que supone depender de alguien económicamente, de lo importante que es juntarse con quien a una le apetezca o permanecer sola si se desea, de lo importante que es construir relaciones afectivas bonitas, sanas e igualitarias.

Pero para no parecer marciana me callo.

Yo querría ir a una peluquería feminista, pero no sé donde hay una.

De modo que no me queda más remedio que resignarme y aprovechar para analizar el patriarcado mientras lo sufro en mis carnes: me tiño el pelo con tinte químico porque lo tengo lleno de canas, y pido que me arranquen el vello de las piernas con cera caliente. Siempre me digo, se acabó, basta de sufrir. Pero al cabo de un mes estoy de vuelta, dispuesta a someterme a la tiranía de la belleza y al imperio de las conversaciones patriarcales de las mujeres de mi barrio. Y he de reconocer que más de una vez allí se me han ocurrido varios artículos para El Rincón de Haika, porque todo lo veo con mis gafas violetas, y porque el mundo real es ese. Así que aprovecho para nutrirme de material y para idear nuevos posts.

De todas las cosas espantosas que oigo, lo que más me impacta es el tema bodas. Lo que peor llevo es escuchar como las mujeres desean en voz alta "un marido con plata".



Las chicas jóvenes de mi peluquería hablan de sus pretendientes y de sus novios o maridos. Y aunque todas ellas parecen muy modernas, en realidad hablan de ellos como si lo más importante de su personalidad fuese su nómina, su cuenta bancaria. Les gusta hablar de la generosidad de sus novios, y de la ostentación de los recursos que él pone a su alcance. Así, hablan de sus novios desde el afán por mostrar su poder adquisitivo y de la posibilidad de que se comprometan seriamente con ellas. Se sienten muy orgullosas si viene su novio a buscarlas en el pedazo de auto último modelo, porque eso demuestra que ellas tienen también éxito si logran que un hombre así venga a recogerlas a la peluquería. Y se las cae el mundo encima si descubren que todo es puro bloff (no tiene plata o ya está casado).

Es extraño que al mismo tiempo que se ilusionan y se decepcionan, todas ellas creen en el amor. y en la posibilidad de encontrar un marido con plata del que poder enamorarse. Bajo esta lógica, lo ideal es un marido con dinero que además sea guapo para que te atraiga sexualmente, y que sea inteligente y divertido para que no te aburra, y que sea fiel, y que sea tierno y sensible pero a la vez viril y fuerte, y que sea sincero, comprometido, estable, incondicional...

Sabemos que este modelo de masculinidad idealizado no existe y nos gusta reírnos en torno a este tema. Como dice mi peluquera: "Los príncipes azules si existen, pero se aman entre ellos". Y todas reímos.

Sin embargo, la realidad es que a muchas les genera una gran frustración no encontrar a su media naranja. Por eso hablamos tanto de los problemas que nos causa este mito del príncipe azul en la peluquería.

"El asunto es que si no puedes encontrar a un tipo estupendo con plata, por lo menos que tenga plata, porque ya que le vas a aguantar toda la vida, pues por lo menos pasarla bien, ¿no?", dice una chica mientras le hacen las uñas, y todas sonrían y asienten.

Esta idea del marido con plata no conoce de edad ni de clase social: la he escuchado también en mujeres feministas y me parece en extremo peligrosa, aunque todas riámos porque suena muy lógico. En un planeta en el que las mujeres apenas somos propietarias de las cosas, cobramos menor salario por igual esfuerzo, nos echan de un trabajo si nos embarazamos, sufrimos el paro en mayor medida en los tiempos de crisis, no solemos alcanzar los puestos de mando en empresas multinacionales ni en universidades, etc. es normal que las mujeres necesiten un proveedor de recursos que acabe con su pobreza o aminore su vulnerabilidad. Es normal que deseemos a los hombres con recursos porque para nosotras es más difícil acceder a ellos, dada la discriminación que sufrimos.

Pero esa dependencia económica nos colocó hace siglos en una situación de subordinación que nos hace a todos profundamente infelices. A ellos porque se sienten utilizados, a nosotras porque limitamos nuestra libertad al escoger por necesidad.

Nuestras relaciones amorosas son conflictivas precisamente por este juego de dependencias, y porque nos han dicho que si un hombre nos ama nos tendrá como a una reina. Chineadas, consentidas, mimadas. Nos han dicho que eso es el amor de verdad.

Y sin embargo la realidad es otra. Ser dependientes limita nuestra libertad, y no hay nada más terrible que convivir con gente a la que no amamos, pero a la que necesitamos. Las relaciones de poder hace que unos dominen y otros se sometan, y desde mi punto de vista este tipo de relaciones no tienen nada que ver con el amor.

Hoy en día, si unos necesitan una criada doméstica y otras necesitan un proveedor de recursos es porque seguimos inmersos en un sistema desigual en el que cada uno usa sus armas y construye sus estrategias en torno al grupo que le ha tocado (hombre/mujer, rico/pobre). Es por esto que nuestras relaciones a menudo no son desinteresadas, ni sanas, ni igualitarias, ni equilibradas. Y se basan en terribles luchas de poder que nos hacen sufrir mucho.

Debido a esta necesidad económica de las mujeres, algunas afinan sus estrategias para asegurarse la supervivencia desde su rol más patriarcal, con sus armas de mujer, tratando de aprovecharse de personas a las que no aman realmente. Muchas de ellas caen en el victimismo, el chantajismo o declaran la guerra total para extraer todos los recursos posibles de su ex pareja.

Creo que esto sucede porque nos han dicho que ellos son los responsables de nuestra supervivencia. Se nos educa para que seamos autónomas e independientes, no nos cuentan cuentos en los que las mujeres toman las riendas de su vida y se buscan un trabajo para sobrevivir. La Bella Durmiente espero cien años a que llegara su amado.

Desde niñas nos cuentan que los príncipes azules te salvan de la pobreza y de las tareas domésticas, como le pasó a Cenicienta y a Blancanieves. Te llevan a un palacio con criados y criadas, y te dan su tarjetero para que compres todo lo que necesitas para ser feliz. La única condición para obtener la ansiada "visa oro" es que seas dulce y bella, como las princesas Disney.

Sin embargo, a nuestras hijas yo creo que tenemos que dotarlas de autonomía y contarles qué hay después de la boda....

Son muchas las mujeres que invierten toneladas de tiempo y energía en conseguir un marido que las mantenga de por vida, y muchas las que se frustran porque no se resignan o no se conforman con su



realidad (son pocos los hombres que acumulan mucho dinero y son pocos los príncipes herederos).

La discriminación laboral que sufrimos las mujeres es la causante de las cifras que nos muestran que solemos casarnos con hombres mayores que nosotras. En nuestra sociedad los hombres más ricos del planeta se casan con chicas veinte o treinta años más jóvenes que ellos, y a nadie le parece extraño.

Estereotipos negativos de la feminidad para mi colección de Amores Horribles

Sin embargo, esta imagen tan negativa de las mujeres como seres interesados y malévolos nos hace mucho daño. El estereotipo de las mujeres ambiciosas, insaciables, víboras, hienas, vampiras y chupasangres despiadadas se repite hasta la saciedad en nuestros chistes y relatos. A pesar de que los hombres maldicen a este tipo de mujeres en sus tangos, boleros y soleás, desde pequeñas se nos educa para que deseemos un marido con plata. He ahí la contradicción y la doble moral de nuestra cultura.

En las revistas "femeninas" aprendemos que hay que cuidarse, estar bellas, delgadas y guapas para encontrar a nuestro hombre con plata. En la tele tenemos como ejemplo a seguir a las mujeres de los futbolistas del Real Madrid o del Barça que conquistan a los dioses del Olimpo y se convierten en diosas.

También están las jovencitas estadounidenses que van a la universidad para encontrar un marido entre sus compañeros del campus: dejan su carrera en cuanto se casan. Automáticamente. Como Kate cuando se casó con Guillermo.

Unas van a escuelas donde te enseñan a ser una buena esposa, otras mujeres se someten a severas dietas, diversas cirugías, sesiones maratónicas de gimnasio, sesiones de shopping para lucir bellas.

Lo más grave es que esta transmisión se da de madre a hija, de abuelas a nietas, de tías a sobrinas. Tradicionalmente, ellas nos enseñan la importancia que tiene en tu vida el que un hombre te elija como esposa, nos hablan de amor y de maternidad, pero invisibilizan la cuestión económica que nos lleva a la dependencia emocional que arrastramos las mujeres por generaciones.

Creo que es importante entonces que hablemos de ello, que analicemos esta necesidad que no nos deja relacionarnos con libertad entre nosotras y con los hombres, que pongamos sobre la mesa el coste que tiene ser un proveedor de recursos y el que tiene ser una esposa mantenida.

Juntos tenemos que tratar de entender por qué el amor romántico perjudica seriamente la igualdad, tal y como está concebido en nuestra cultura. Y buscar vías para evitar las dependencias mutuas en las relaciones románticas.

Para que las mujeres aprendamos a confiar en nuestra capacidad para resolver, en nuestras habilidades para sobrevivir, para que podamos relacionarnos en un nivel de igualdad, tenemos que aprender a valorarnos, dejarnos de príncipes azules y ayudarnos entre nosotras.

Para que las mujeres disfruten de la vida con sus compañeros en lugar de frustrarse anhelando "maridos con plata", creo que es esencial acabar con la desigualdad laboral y económica entre hombres y mujeres. Y también con la imagen mitificada de las chicas que se convierten en princesas, que se libran del desempleo y viven en un palacio, como Letizia o Kate.

Sólo trazando estrategias conjuntas y economías solidarias y justas podremos cambiar nuestras relaciones afectivas y construir otros modelos de feminidad.

Y si, sólo así podremos hablar de otras cosas en la peluquería.

2 El amor y las luchas de poder

El deseo de dominar es el más universal e irresistible que existe, afirmó **Simone de Beauvoir**. Somos animales gregarios, nos relacionamos entre nosotros jerárquicamente. Los hombres blancos, ricos y heterosexuales ocupan la escala más alta: debajo están los hombres de otro color, los pobres, los homosexuales, los ancianos, las mujeres, las mujeres lesbianas, las mujeres negras, las mujeres transexuales.

Dentro de los grupos humanos también hay jerarquías; por ejemplo, en los cuerpos militares (cabos, oficiales, capitanes, tenientes, etc.), en las empresas (Presidente, Director, Jefe, Encargado, oficinista), en los colegios (Director, profesores, alumnos), en los ayuntamientos (alcalde, concejales), en los hospitales (Director, Médico, Enfermero, ATS...)... También en las relaciones emocionales y sentimentales existen estas jerarquías; por ejemplo, en el seno de una familia nuclear tradicional (Patriarca, Madre, Abuelos, Hijos, Nietos).

En el amor nos relacionamos también en relaciones de dominación y sumisión. Para que ambos miembros se relacionen igualitaria y libremente, debe primar la sinceridad, la generosidad, la comunicación, la solidaridad y el compañerismo. Y también la igualdad en la intensidad de los afectos.



No siempre es posible que nos amen locamente, y no siempre es posible entregarse completamente al amor. Por eso a **menudo el amor es un campo de batalla en el que unos están deseando ser rescatados, otros luchan por no perder su autonomía e independencia, otros que pasan a depender del uno, y unos que luchan contra sus sentimientos.**

Si el sentimiento amoroso fuese como un grifo, podríamos controlar las dosis de agua, cerrar de vez en cuando, abrir cuando nos apetezca, y disminuir o aumentar la intensidad a nuestro capricho. El problema, creo, es que la pasión suele ser como una inundación arrasadora que no sigue los cauces de los ríos sino que los desborda, invadiendo parcelas de nosotros mismos sin que podamos evitarlo. De ahí vienen las luchas; enamorarse es como reconocer que hemos otorgado a una persona todo nuestro poder. Enamorarse es "caer" bajo el hechizo, como **Tristán e Isolda**, ser débil, verse controlado por fuerzas irracionales que escapan a nuestra voluntad y que limitan nuestro libre albedrío.

Es increíble la cantidad de gente que está enamorada de gente que ama a otra gente. Como si estuviéramos predestinados a no encontrarnos nunca en una serie de persecuciones. Amamos lo que no poseemos, y una vez que lo tenemos, dejamos de valorarlo y vamos en busca de nuevas emociones, de nuevas conquistas y nuevos retos. Dicen algunos científicos que esto se debe a varios factores: el pasado cazador del ser humano, su ansia de emociones fuertes o el hecho de que el ser humano es un ser deseante, eternamente insatisfecho.

El deseo muere con su realización. Por eso el ser humano está siempre sufriendo en pos de conquistas nuevas, porque **la pasión es una emoción intensa similar a la que provocan las drogas, el deporte de riesgo, la fiesta o la aventura.** Y cuando la pasión muere o decrece, hay varias opciones:

- Seguir en pareja, alimentar la pasión y disfrutar de la complicidad, la ayuda mutua, el compañerismo y el cariño de la otra persona. Cuando la pasión decrece hay que currárselo, nutrir la relación, mantenerla viva. Yo siempre comparo el amor con una hoguera a la que hay que alimentar continuamente, y a partes iguales.

- Otra opción es partir en busca de nuevos desafíos, de pasiones que te descentren, te descoloquen, te cambien la vida o te arrastren irracionalmente hacia el objeto de deseo.

- Descansar de tanta pasión y dedicar la energía a otras personas o a otras actividades más creativas.

Dice **Denis De Rougemont** que el amor pasional de verdad es como el de **Romeo y Julieta**; un amor que se nutre de la imposibilidad, de los obstáculos y las barreras a vencer. Por eso la historia de Julieta y Romeo no

termina con un "y vivieron felices"; sino en tragedia y muerte. La pasión termina con la rutina y se alimenta con la separación y la imposibilidad. Las grandes historias de amor, afirma Rougemont, son las que se dan entre parejas que no pueden disfrutar plenamente el uno del otro por varias razones: familias enfrentadas, adulterios, amores interclasistas o interraciales, diferencias de edad, etnia o religión, etc.

Las mujeres y los hombres han intentado dominarse mutuamente desde el principio de los tiempos. En las culturas patriarcales, las mujeres han estado siempre controladas y domesticadas por su padre primero, y por su esposo después. A su vez, muchas mujeres machistas pretenden controlar a los hombres con su poder sobre la cocina y la casa; a muchas madres no se les ocurre enseñar a sus hijos varones o a sus maridos a planchar o cocinar por miedo a que no las necesiten, porque se saben únicas en determinadas artes que los hombres no conocen, y por ello se sienten útiles e imprescindibles.

En la actualidad de Occidente, las mujeres no pertenecemos legalmente a nadie y podemos hacer lo que queramos con nuestra vida una vez alcanzada la mayoría de edad. Sin embargo, muchas mujeres independientes no han logrado deshacerse de las cadenas que aún las atan a los hombres. Ya lo decía **Marta Sánchez** en una canción "*me has sometido aunque nunca me hayas obligado... con solo una mirada, con solo una palabra, me puedes destrozar, me puedes convencer, me puedes convertir, en lo que quieras tú*". Sin embargo, esta esclavitud de amor no conoce barreras de género; también los hombres se ven sometidos a la fuerza del amor, y también ellos tratan de resistirse a ser presas de caza. Nadie quiere ser dominado por sentimientos irracionales o por otra persona; excepto los y las masoquistas.

Pienso en que lo ideal sería que fuésemos tal y como somos con las personas aunque nos enamorem de ellas; y que nos relacionásemos amorosamente entre nosotros, sin luchas de poder. Pero la pulsión pasional occidental es posesiva, caprichosa, egoísta; y casi siempre va unida a la fantasía y la idealización. La pasión disminuye cuando nos damos cuenta de que el otro no es perfecto, o que no es como querríamos que fuese. Si uno de los dos trata de cambiar al otro, se arruina la pasión: una persona domesticada ya no es la persona libre de la que nos enamoramos.

El amor **es la capacidad de relacionarse igualitariamente, sin tratar al otro como un objeto, sino como otro ser libre** con el que compartir experiencias. Querer a alguien es quererlo tal y como es, con sus defectos y con sus defectos. Querer a alguien no es querer poseerlo, sino verlo libre y a nuestro lado, en una suma en la que uno más uno es dos, no uno. Pero amar es complicado porque el ser humano se apega demasiado a las cosas y personas a las que ama, y tiene un miedo terrible a perder seres queridos. Porque amamos egoístamente y tenemos fobia a la soledad. Y **la gran quimera del amor**, la más grande falacia, es que teniendo una pareja a tu lado, nunca más vas a sentirte solo.



Muchas personas creen que el amor es la salvación; es como una nueva religión. Ahora que sabemos que estamos solos, que Dios ha

muerto, **buscamos lo sagrado en relaciones ideales que nos mitiguen el miedo a la muerte y a la soledad**, en emociones desatadas que nos entretengan del miedo al vacío. Le pedimos mucho al amor en ese sentido, y por eso nos sentimos heridos, decepcionados, engañados, cuando comprobamos que ni una sola persona en el mundo nos va llenar por completo en todos los aspectos de la vida y para siempre. Nos cuesta aceptar que somos seres autónomos que nos relacionamos con el resto en base a nuestras expectativas, intereses y deseos, y que por ello precisamente, las relaciones humanas en general son difíciles, y a menudo dolorosas.

Supongo que sufriríamos menos si amasemos con menos egoísmo y disfrutásemos con el amor que sentimos hacia el otro, sin esperar nada a cambio, sin necesidad de poseer a esa persona. **El amor-pasión es una construcción cultural al que van ligadas muchas otras construcciones culturales:** la propiedad privada, la exclusividad, el contrato, el compromiso. Y a otros sentimientos naturales como el miedo, la necesidad de sentirse valorado y querido, de sentirse acompañado. Los seres humanos necesitamos protección, estabilidad y seguridad, y a la vez, contradictoriamente, la necesidad de arriesgar, de aventurarse y vivir experiencias nuevas. Por eso es tan complicado... y porque siempre queremos lo que no tenemos o lo que hemos perdido para siempre.

3 El miedo masculino a la potencia sexual femenina

*Entre 1970 y 1988, **William Hartmann**, del Centro para Problemas Maritales y Sexuales, en California, monitorizó el orgasmo de 469 mujeres y 289 hombres voluntarios. El mayor número de orgasmos en una hora fue de 134 para la mujer y 16 para el hombre.*

El miedo de los hombres a la potencia arrasadora de la sexualidad femenina ha sido uno de los grandes motivos para encerrar a las mujeres en el ámbito doméstico, para cubrir sus cuerpos (desde el velo hasta el burka), para mutilarlos (dos millones de niñas al año son castradas a manos de sus familiares) y para estigmatizarnos como seres más próximos a la animalidad y la irracionalidad que a la cultura y la civilización humana.

La mayor parte de los monstruos femeninos de las culturas patriarcales son seres eróticos, voraces, insaciables sexualmente, apasionados, crueles hasta el extremo. Las Gorgonas, las Harpías, las Erinias, las Amazonas, las Sirenas, la Esfinge, las Succubus, Medusa, las Lamias, las Centaurides, las Empusas, Artemisa, Afrodita...

Otras diosas monstruosas fueron: **Andras**, un Espectro Bisexual; Astartea, el Ángel del Infierno; **Gomory**, la Maestra del Sexo; **Is Dahut**, la Amante Insaciable; **Perséfone**, la Reina del Inframundo; **Zalir**, la Lesbiana, **Zemunín**, la Prostituta.

Otras mujeres *malas* (malas porque se sienten libres y actúan como quieren) son **Lilith** (para la cultura hebrea) y **Eva** (para la cristiana), porque con su curiosidad corrompen la bondad del hombre.

Lilith es considerada la primera esposa de Adán en la literatura rabínica. En las leyendas populares hebreas es el espíritu del mal y la destrucción, el demonio animal con rostro de mujer. Dios no la creó a partir de la costilla del primer hombre, sino de "inmundicia y sedimento". Según Erika Bornay (1998), Lilith y Adán nunca encontraron la paz, principalmente porque **Lilith, no queriendo renunciar a su igualdad, discutía con su compañero** sobre el modo y la forma de realizar su unión carnal.

Lilith consideraba ofensiva la postura recostada que él exigía. **"¿Por qué he de acostarme debajo de ti?", preguntaba, "yo también fui hecha de polvo, y por consiguiente, soy tu igual". Como Adán trató de obligarla por la fuerza, Lilith, airada, pronunció el nombre mágico de Dios, se elevó en el aire y lo abandonó.** La diablesa huyó del Edén para siempre y se fue a vivir a la región del aire *"donde se unió al mayor de los demonios y engendró con él toda una estirpe de diablos"*.

Las religiones monoteístas, en general, se esfuerzan mucho en condenar el deseo de la mujer y en tratar de constreñir el erotismo femenino a la tarea de la reproducción. Según Erika Bornay, los penitenciales medievales revelan que **el acto carnal entre un hombre y una mujer no unidos en santo matrimonio era considerado más grave que el asesinato:**

"El continuo apelar a la abstinencia, esta insistencia la maldad intrínseca del goce sexual, este desprecio sin paliativos por la carne necesitó de la figura de un "impulsor", un culpable, un ser proclive al pecado, que no fuera aquel hombre creado a "semejanza de Dios". Se necesitaba de "otro" que por la lógica de estas filosofías patrísticas, iba a ser otra: Eva, la Mujer. Es en ella en quien los padres de la Iglesia encarnarán todas las tentaciones del mundo terrenal, el sexo y el demonio. Y ello pese a que en el Antiguo Testamento el hombre reconoce a la mujer como su igual".

La moral patriarcal ha dividido a las mujeres en dos grupos: **las seductoras**, que destacan por su erotismo y sexualidad; sus artes sensuales sirven para desorientar y manipular a los hombres, que tienen que huir de ellas para no sentirse dominados. Y por otro lado están **las**



discretas, que aparentan no sentir deseo alguno. Las primeras son *malas* porque son promiscuas, y porque no son sumisas a la autoridad masculina, ni se sienten objeto perteneciente a ningún dueño. Las segundas son las madres y las esposas, esas mujeres complacientes y bondadosas que tienen sexo solo por complacer a sus maridos, no porque lo deseen por ellas mismas.

Esta idea implica que su cuerpo, de algún modo, no es suyo, sino del hombre con el que se casa, del cura que la confiesa, del médico que la explora, del gobernador que ejecuta las leyes, de los parlamentarios que las aprueban. Su cuerpo reproductor es un bien social, por eso la maternidad se contempla como algo obligatorio, *natural* y necesario para las mujeres.

Ya sabemos que a las mujeres que han elegido un camino distinto haciendo ejercicio de su libertad les ha tocado morir torturadas, asesinadas, y quemadas en la hoguera. **La figura de la bruja, la vampiresa, la loba, la hiena, ha sido común para representar a las mujeres con deseo sexual, y forma parte de las pesadillas del imaginario masculino la mujer a la que ningún hombre sacia.**

En nuestra cultura, las mujeres que han disfrutado de su cuerpo y su sexualidad han sido siempre estigmatizadas socialmente como ***malas mujeres, mujeres de vida alegre, mujeres de la calle, putas o ninfómanas.*** En definitiva, las mujeres que se apartan de sus estereotipos y roles de género, y su función reproductora, son penalizadas socialmente por ello, y esto ha sido así durante muchos siglos.

Por eso han tenido que recurrir siempre a cómplices y ayudantes para poder vivir su sexualidad al margen de la moral patriarcal. En el caso de las lesbianas, el ambiente doméstico propició de alguna manera que las mujeres pudieran compartir placeres y cariño sin la represión masculina, aunque siempre en la clandestinidad.

En el caso de las heterosexuales, son las alcahuetas, celestinas, criadas... las que ayudaban a las mujeres recluidas en su casa destinadas a un matrimonio de conveniencia. Ellas facilitaban los acercamientos masculinos, el establecimiento de las citas clandestinas, el reparamiento de virgos antes de las bodas, el adulterio sostenido de las casadas. Y es que la hipocresía cristiana y burguesa daba por sentado que las mujeres no tenían deseos propios y que su deber era guardarse del deseo masculino, siempre potente y desbocado.

El clítoris fue descubierto en el siglo XVI y redescubierto por la sexología a finales del XIX. El orgasmo múltiple en el XX. Cuando digo "fue descubierto" me refiero a que lo descubrió la Ciencia, que hasta entonces había sido exclusivamente cosa de hombres. **Nosotras ya sabíamos lo del clítoris y también conocíamos los orgasmos múltiples sin que ningún especialista nos tuviera que decir nada. Pero para la opinión pública supuso un escándalo** constatar no sólo que la sexualidad femenina no es inferior ni más débil que la masculina, sino probablemente más placentera que la masculina porque la mujer no se

descarga y muere, sino que **es capaz de perderse en las cimas del placer sin descender de ellas durante mucho tiempo.**

En el caso de los hombres, el orgasmo es esencial para la inseminación: las embestidas empujan los espermatozoides dentro de la vagina. El óvulo de la mujer, sin embargo, es expulsado naturalmente por el ovario una vez al mes, independientemente de su respuesta sexual; esto es lo que hace **incomprensible la función del orgasmo múltiple para los científicos.**

Según Helen Fisher (2007), una de las causas del orgasmo femenino radica en el placer que siente la mujer: *"para la mujer el orgasmo es un viaje, un estado alterado de conciencia, una realidad diferente que la eleva por una espiral que llega hasta el caos, y que luego le proporciona sensaciones de calma, ternura, y cariño que tienden a cimentar la relación con el compañero"*.

Otros autores inciden en la idea de que el orgasmo sacia a la mujer, y eso la induce a permanecer acostada, lo que impide que la esperma escape del canal vaginal. El antropólogo Donald Symons piensa que, al no tener el orgasmo femenino una utilidad directa en la concepción, es un fenómeno anatómico y fisiológico **innecesario que ha subsistido a la evolución femenina solo por su importancia para los hombres.** Como el orgasmo es señal de haber llegado a la máxima satisfacción, a los hombres les gusta que la mujer lo experimente porque es la prueba de la gratificación de su compañera, y tal vez porque suponen que de ese modo tenderá menos a buscar aventuras sexuales.

Desde esta óptica (poco afortunada a mi entender), **el orgasmo femenino sirve o existe para alimentar el Ego del macho y lo prueba el hecho de que muchas fingen tenerlo para no herir a su compañero.** Catharine MacKinnon, por ejemplo, ve en la "simulación del orgasmo" una demostración ejemplar del poder masculino de conformar la interacción entre los sexos de acuerdo con la visión de los hombres, que esperan del orgasmo femenino una prueba de su virilidad y el placer asegurado por esta forma suprema de sumisión.

Como el placer femenino no ha de ser retenido, ni cae en picado como sucede en la eyaculación, **la mujer que disfruta está siempre en el cénit, navegando por las cumbres del éxtasis.** Es, en este sentido, un placer desordenado, sin principio ni fin: *"En su erupción voluptuosa, el cuerpo femenino es desobediencia civil a la anatomía impuesta; induce metafóricamente una nueva socialidad, un nuevo exceso; y demuestra lo siguiente, que lo genital y sus placeres localizados son una limitación a la que un día, hace poco, obligamos al cuerpo"*. (Pascal Bruckner, 1977)

La sexualidad femenina confunde al hombre, según este autor, porque constituye, aun hoy en día, un tipo de sexualidad diferente a la suya, un mundo, pues desconocido y temible. **El hombre nunca puede estar seguro de si su aparato sexual va a funcionar como es debido, si después de una erección podrá lograr otra.** A veces se encuentra atrapado en su propio falo mientras el placer de la mujer se expande en el tiempo y el espacio: *"En los orgasmos de las mujeres habitan unos*



universos increíbles de los que nos enamoramos locamente a pesar de su distancia insuperable. Aun cuando los gestos de la amada parecen dirigidos y dedicados a nosotros, siguen expresando las oscuras regiones que nos excluyen". (Bruckner, 1977)

Las mujeres deben orientar y definir su erotismo de acuerdo con las normas dominantes y simultáneamente, con las específicas de su género. Las mujeres tienen así, según **Marcela Lagarde**, una doble asignación erótica: tienen deberes, límites, y prohibiciones, por ser miembros de una determinada cultura, y otros específicos por ser mujeres.

Una de las razones por las que existen entre 85 y 114 millones de niñas y mujeres mutiladas en el planeta es porque se piensa que sin capacidad para tener orgasmo, serán mujeres fieles a sus maridos.

Si se mutilan masivamente es porque se sabe que todas las mujeres tienen una sexualidad tan "fuerte" o mayor que la del hombre, y por eso se trata de eliminarla. Porque se entiende el cuerpo femenino como para ser usado por un hombre, no para ser disfrutado por la propia mujer. Y también porque se entiende que la sexualidad femenina ha de ser controlada, constreñida, arrancada, para que no se desparrame y provoque el caos social y económico. El fantasma de la promiscuidad femenina sigue planeado en nuestra cultura como un peligro que atenta contra la inocencia de los niños y niñas, la estabilidad de las familias, el orden de las cosas.

Otro asunto es la promiscuidad masculina, inevitable ante la naturaleza del macho que necesita esparcir sus millones de espermatozoides por doquier. De ahí la doble moral sexual, que entiende que en ellos es un *pecadillo* perdonable, y en ellas una monstruosidad aberrante.

3 La doble moral sexual

La doble moral es un mecanismo ideológico gracias al cual las mujeres son apedreadas hasta la muerte por adulterio, y en cambio los hombres son admirados por su capacidad de seducción y conquista. Según esta doble moral, la promiscuidad femenina es un pecado aberrante digno de castigo, y la masculina es un símbolo de potencia, virilidad y éxito social.

Esta doble moral es la que se inventó la expresión "echar una canita al aire", y que solo sirve para los hombres. Es decir, se entiende que para ellos la monogamia es asfixiante, y muchas veces imposible; por eso **se "perdona" el escarceo amoroso masculino como algo inevitable, saludable, corriente.** Una *canita al aire* es un "pecadillo" del que el hombre puede arrepentirse, véanse la cantidad de canciones en las que el cantante se muestra arrepentido de su *aventurilla* y pide el perdón de la señora esposa. Para lograrlo se denigra a **la amante a la categoría de**

objeto sexual, o se la acusa de ser una embaucadora perversa que ha "obligado" al macho a romper con el pacto de fidelidad que suscribe al casarse.

Según esta lógica patriarcal, **los hombres necesitan esposas abnegadas** que dediquen su vida a satisfacer sus necesidades básicas (reproducirse, comer, tener la ropa limpia, la casa reluciente, la curación de sus enfermedades), mucho cariño incondicional, capacidad de aguante, y una fidelidad que asegure la estabilidad psicológica y afectiva de la familia. **Paralelamente, necesitan mujeres jóvenes y bellas que les den vidilla:**

Corazón Loco:

*Una es el amor sagrado
Compañera de mi vida
Esposa y madre a la vez
y la otra es el amor prohibido
Complemento de mi alma
Y a la que no renunciaré
Y ahora ya puedes saber
Como se pueden querer
Dos mujeres a la vez
Y no estar loco*

Así que se entiende que **hemos de ser comprensivos con estas necesidades masculinas** que en cambio las mujeres no parecen tener, o no deberían tener. Porque de hecho, si las tienen, son condenadas por la sociedad y la Iglesia, que las aíslan y las echan de la comunidad a la que pertenecen; o son castigadas por el entorno familiar y el Estado: **cárcel, torturas, palizas. También pueden ser desfiguradas, rociadas con ácido, apedreadas, descuartizadas, violadas.**

En sociedades más igualitarias, las mujeres que ejercen su sexualidad y afectos con libertad son etiquetadas como *ninfómanas, putas, zorras, guarras, frescas*. Pero en muchos países del planeta, **la promiscuidad femenina es sinónimo de ostracismo o muerte porque atenta contra el honor masculino**. Por eso maridos, hermanos, padres o primos pueden matar a las mujeres que ensucian su nombre; por eso a estos femicidios se los sigue denominando "**crímenes pasionales**", y hasta cierto punto se comprende que un hombre ejerza su brutalidad sobre "su" propiedad porque "**tiene motivos**".



Bases históricas y sociales de la doble moral sexual

Según Barash y Lipton (2003), la doble moral está muy extendida **en la mayoría de las sociedades patriarcales: los hombres disfrutan de mucha mayor libertad que las mujeres para practicar el sexo fuera del matrimonio**. Tras examinar 116 culturas diferentes, la antropóloga Gwen Broude señaló que mientras que 63 permiten el sexo extramarital de los maridos, sólo 13 se lo permiten a las mujeres.

La promiscuidad femenina sigue estando peor vista que la masculina, no solo entre los hombres, sino también entre las propias mujeres (Robinson y otros, 1991; A. de Miguel, 1992). En las sociedades patriarcales los hombres aprenden que su promiscuidad sexual es un signo del que jactarse, mientras que las mujeres aprenden que es un signo del que avergonzarse. **La disparidad de cifras en las encuestas sugiere que las mujeres ocultan sus infidelidades en mucho mayor grado que los hombres, que tienden a mentir aumentando la cifra de mujeres con las que han compartido una intimidad sexual.**

Esto sucede porque, según Franca Basaglia (1983), el cuerpo femenino es la base para definir la condición de la mujer como un cuerpo apto para la procreación, para dar vida y placer a los hombres.

Y sin embargo, numerosos estudios como los de Beach y Ford (1951) señalan que **existe una marcada tendencia a buscar relaciones sexuales fuera de la pareja en prácticamente todas las sociedades humanas, tanto en hombres como en mujeres**. Prueba de ello son las culturas donde no existen presiones sociales contra la promiscuidad femenina, en las que **las mujeres inician las demandas sexuales con la misma frecuencia que los hombres (Yela, 2002)**.

Sin embargo, en las sociedades patriarcales, la infidelidad femenina es uno de los terrores masculinos más comunes, porque ser un *cornudo* es símbolo de debilidad, de poca virilidad, de pérdida del honor. Y porque siempre se ha considerado que la sexualidad femenina no es para ella, sino que existe para el otro, es decir, que tiene que servir para el placer masculino. Se ha concebido siempre como un medio, no como un fin en sí mismo del que el hombre pueda sentirse excluido.

De ahí que en la revolución sexual de los años 60-70 las feministas lucharan por **alejar el cuerpo femenino de la jurisdicción de la Iglesia, el Estado, la Medicina, la moral patriarcal y el macho dominante**. Alejandra Kollontai denunció que *la doble moral sexual* se sostiene sobre la falsa idea de que **los hombres tienen derecho a disfrutar de su sexualidad y las mujeres no, porque sus necesidades sexuales "no son tan fuertes como las de los hombres", o porque se**

considera que ellas no deben disponer de su propia sexualidad para la obtención de su propio placer.

En 1978 el adulterio dejó de ser un delito penado con cárcel en España, y las leyes que permitieron el divorcio supusieron un gran avance en la lucha por la igualdad; sin embargo, **el estereotipo negativo de la mujer libre sigue siendo presentado en las películas, canciones, novelas, etc.** Las promiscuas siempre obtienen su merecido castigo en las producciones culturales, como es el caso de *Madame Bovary* o *Las amistades peligrosas*, sencillamente porque se entiende que ponen en peligro el orden social, la estabilidad conyugal, la institución del matrimonio.

En Irán siguen muriendo mujeres lapidadas por haber cometido adulterio; y en España los adolescentes claman indignados contra las "guarrillas" (chicas que no practican el noviazgo monogámico tradicional y mantienen relaciones con quien quieren y cuando quieren).

Lo preocupante además es que **en esta denigración de la libertad sexual femenina participan las propias mujeres** que critican a las que se salen de la norma patriarcal. Son esas chicas que se enorgullecen de que sus novios no las dejen llevar faldas cortas, no les permitan hablar con otros chicos, o salir con sus amigas de fiesta. Entienden que la posesividad es una expresión de amor, y se torturan cuando sienten atracción sexual hacia otros machos. Y lo peor, **piensan que sus hombres no es que sean infieles, es que son tentados por las perversas mujeres que con sus encantos los obligan a traicionarlas.**

Es decir, se culpabiliza a las amantes, nunca a la pareja, como si los *pobrecitos* machos se vieran arrastrados hacia el mal en contra de su voluntad. De este modo, se incentiva la rivalidad femenina, muy útil para que las mujeres sigan compitiendo entre sí por enamorar al macho más guapo, más chulo, más gallito, y **luchando contra las demás mujeres, consideradas "enemigas".**

Esto promueve que las mujeres se encierren en espacios domésticos, aisladas de otras mujeres, y se pasen la vida regañando a su marido, que siempre se siente atraído por los espacios públicos, los bares, los burdeles. Cuanto más miedosa y posesiva es una mujer, más se aleja del "hogar" el hombre, que necesita reafirmar su hombría más allá de las cuatro paredes de la casa, y ejercer su libertad, siempre amenazada por la esposa.

Lo increíble es que en nuestra cultura se sigan reproduciendo estos esquemas; solo con ver una telenovela latinoamericana podemos ver como las mujeres buenas sirven para casarse, porque son fieles, y las mujeres malas para mantener relaciones sexuales sin compromiso afectivo.

Y así seguiremos mientras los escritores, guionistas, productores, etc nos sigan contando los mismos cuentos, nos sigan cantando las mismas canciones.



4 La dependencia emocional femenina

"Yo no sé qué me pasa, pero cada vez que me pongo en pareja me vuelvo idiota, medio tonta. Cuando estoy sola sé quién soy y no me pongo a esconder mi inteligencia ni mi lucidez. Es más, las pongo en práctica cuando conozco a un hombre, porque forman parte de mi atractivo y seducción. Pero al poco tiempo empiezo a perderme a mí misma, a encogerme, a jugar el juego del otro, a vestirme como le gusta... Creo que me encojo porque temo que la relación corra peligro, pero en realidad lo único que consigo es que la relación termine siendo un fiasco. A veces siento que me achico para estar a su mismo nivel, es como ponerme debajo de un alero que parece más seguro".

"Cuando para ser amada trato de ser como el otro quiere, lo único que consigo es alienarme en cada relación que tengo. Es una pretensión absurda porque si yo no me acepto a mí misma como soy, ¿cómo puedo esperar que otro me acepte? Muchas veces me pregunto qué le pedimos al amor realmente. Creo que la aceptación de una misma".

Testimonios de Mujeres en el libro de Clara Coria, 2005

Creo que la contradicción principal de las mujeres posmodernas reside principalmente en el amor a la libertad por un lado, y la adicción al amor por otro. Esta profunda contradicción entre la autonomía y el deseo de tener pareja nos causa tormentosas luchas internas. Por un lado, somos profundamente dependientes en el terreno emocional de los hombres y nuestra autoestima está muy ligada al deseo masculino (es decir, en nuestro estado de ánimo influye el grado la atracción que ejercemos sobre ellos). Pese a que hoy estamos formadas (y seguimos mejorando nuestra formación), hablamos idiomas, somos expertas profesionales, lideramos empresas y partidos políticos, criamos hijos e hijas, etc. las mujeres seguimos dando mucha importancia al amor romántico y a las relaciones sentimentales y sexuales. De hecho, existe una especie de competición entre nosotras y contra nosotras mismas por estar jóvenes y guapas: es sorprendente la dosis de sufrimiento de las mujeres que se someten a la *tiranía de la belleza* operándose, gastándose fortunas en cosméticos y tratamientos, y luchando contra la vejez hasta la muerte.

Deseamos conciliar nuestra vida profesional y familiar, tener tiempo para nosotras mismas, y disfrutamos de la libertad que nuestras abuelas no tuvieron, sabiendo que somos afortunadas. Sin embargo, **necesitamos sentirnos amadas para sentirnos completas**, y seguimos siendo incapaces de acabar con la batalla de sexos que existe desde hace milenios. **Y esto afecta por igual a mujeres heterosexuales y homosexuales, dado que la dependencia es transversal a nuestra educación femenina.**

Según Lipovetsky (1999), las mujeres hemos tomado distancia respecto del lenguaje romántico, y nos hemos mostrado cada vez más reacias a

sacrificar estudios y profesión en el altar del amor, "pero su adhesión privilegiada al ideal amoroso se ha mantenido, han seguido soñando masivamente con el gran amor, siquiera sea fuera del matrimonio. (...) No hay que hacerse ilusiones: incluso en lo más álgido del período contestatario, las mujeres jamás han renunciado a soñar con el amor. Lo que se ha eufemizado es el discurso sentimental, no las expectativas ni los valores amorosos".

Tras la revolución sexual de los años 60 y 70 en Occidente, **las relaciones igualitarias se convirtieron en el modelo ideal a seguir, pero desafortunadamente sigue siendo, hoy en día, una utopía emocional.** El mito de la media naranja se ha insertado en el imaginario colectivo de una forma perniciosa, porque ha supuesto que 1 más 1 es 1, no 2. Es decir, en toda relación de dos personas, siempre hay que tener en cuenta de que se trata de dos personas, no de un solo individuo. Cada persona tiene sus aficiones, su red propia de amigos íntimos, su familia, sus creencias, sus costumbres, sus maneras de entender la vida. En el amor ambas esferas se complementan, y a menudo los seres humanos encuentran multitud de afinidades y semejanzas entre su mundo y el de su pareja, lo que hace felices a los amantes. **En una relación amorosa compartir tiempo y aficiones es fundamental, pero también es importante tener un espacio y un tiempo propios, y no perder la identidad y las redes sociales cuando establecemos una relación íntima con alguien.**

Tras el proceso de enamoramiento, normalmente las parejas encuentran una especie de equilibrio entre sí mismos y la otra persona. Las diferencias entre los enamorados enriquecen la relación, porque el amor es una apertura al otro y al mundo, es una forma de ampliar nuestros estrechos horizontes, es una posibilidad de conocer otra forma de entender la realidad, proceso que es en sí fascinante. Sin embargo, hay parejas que se encierran en esa *realidad* formada por la unión de *dos* realidades, del mismo modo que el pensamiento occidental se encerró en pares de opuestos (masculino/femenino, orden/desorden, cultura/naturaleza, buenos/malos, etc.) para entender y clasificar la Realidad. Así se empobrece el pensamiento y las experiencias vitales, dado que la Realidad es sumamente colorida y compleja, atravesada por multitud de factores interdependientes.

Las relaciones afectivas de las personas están compuestas por un complejo entramado de relaciones en los que participan multitud de personas: nuestros vecinos, nuestras familias, nuestros amigos y amigas, nuestros conocidos, compañeros de estudios o de trabajo, etc. Todas estas personas nos enriquecen porque nos hacen ver la realidad desplegada en mil formas de entender la vida y de vivirla. Por eso, **un error grave que cometen muchas personas es abandonar sus redes emocionales pensando que la pareja podrá colmar toda la necesidad de afecto y de interacción que tenemos con el resto de la sociedad.** Muchas veces esas relaciones, si no mueren, al menos se desplazan a un segundo plano en la vida de muchas personas, que se centran en su amor de un modo exclusivo.



Para Claria Coria, las relaciones sentimentales entre hombres y mujeres es el lugar en el que se aprecian visiblemente las diversas formas de subordinación femenina promovidas y legitimadas por los roles sociales asignados a las mujeres. Estas asignaciones adoptan diversas formas y podemos encontrarlas en los distintos órdenes de la sociedad:

- En los países "avanzados" las mujeres se desprenden de su apellido (y a veces también de su nombre) al casarse.
- Las normas sociales no escritas pero ampliamente difundidas colocan a las mujeres en situación de postergar sus estudios o desarrollos laborales para hacerse cargo de los hijos en común, haciendo posible la promoción laboral de sus maridos.
- La sexuación del dinero sigue estando presente en todas las culturas occidentales judeocristianas, lo que mantiene a las mujeres marginadas del poder económico.

En estas condiciones, cuando el amor se acaba, las mujeres no sólo pierden la relación amorosa sino también su estilo de vida ideal, sus sueños y su proyecto vital, y el eje en el que centraron sus vidas.

"Para el que se cuelga de otro, la soledad es terrorífica porque pierde la base de sustento. La cosa es estar con el otro desde una, no desde el centro del otro".

Para Clara Coria (2005), es fundamental visibilizar el coste psíquico y emocional que la entrega y el autosacrificio tienen en las mujeres. Tener que perder, sostener, ceder, postergar, etc. ha sido reificado en el imaginario colectivo, convertido en "*condiciones naturales femeninas que terminan resultando obvios para todo el mundo, y en consecuencia, invisibles*". Coria define los costos como inversiones humanas (afectivas, de tiempo, de espacios, asunción de responsabilidades, etc.) que son asumidas unilateralmente por una gran cantidad de mujeres: "*El ocultamiento de los costos es una de las contradicciones más fraudulentas del imaginario social porque no existe nada, absolutamente nada en la vida que deje de estar acompañado por su costo*".

Para Coria el imperio femenino del aguante es una de las manifestaciones de la opresión. Supone tolerar presiones, contener emociones, silenciar opiniones, inhibir acciones, posponer anhelos y realizar una cantidad inimaginable de acomodados al servicio de *apaciar*. **También los hombres han de pagar un precio por la dependencia que se instala en las relaciones pasionales. Si la compañera es dependiente, ellos se verán más constreñidos y se sentirán siempre culpables en su relación con la mujer. Si son ellos los que se sienten dependientes, a menudo sufren, por ejemplo, los que buscan en sus compañeras un amor maternal e incondicional.** Los varones que se agarran a este tipo de relaciones, especialmente los varones que sueñan con ser libres de todo tipo de ataduras emocionales, experimentan una lucha interna sin cuartel entre sus deseos de ser libres y su necesidad de alguien que los apoye incondicionalmente.

Las mujeres "maternales" por su parte pierden la oportunidad de instalarse frente a sus parejas en un vínculo de pares, *"ya que el modelo de amor materno filial es necesariamente un modelo de dependencia entre una parte que abastece, cuida, orienta, estimula y otra que requiere ser cuidada, abastecida, estimulada, etc. (...) La sumisión inconsciente a un modelo de relación que convierte al ser amado en una especie de rey al que hay que satisfacer a costa de cualquier renunciamiento, instala a quien así lo hace en un lugar de súbdito, con su correspondiente actitud de servicio. Así, cuando el modelo de amor maternal se traslada a las relaciones entre adultos, se instala algo parecido a una monarquía virtual"*.

Es por esto por lo que muchas mujeres buscan desesperadamente el amor, para lo cual están dispuestas a acomodarse incondicionalmente al varón. Coria (2005) pone de ejemplo ciertas mujeres jóvenes y solteras que toleran vínculos con hombres casados durante años sin poder formar una familia porque su enamorado sigue haciendo hijos con su esposa, o mujeres que aceptan las propuestas masculinas de mantener un vínculo amoroso "libre" que termina siendo unilateral *"porque significa tolerar las relaciones amorosas de su amado con otras mujeres mientras ellas siguen prisioneras de lo que para ellas es su "único y verdadero amor"*.

Para Clara Coria (2005) el problema fundamental estriba en lo que ella denomina las distintas formas del *cajoneo*, que consiste en acomodarse forzosamente al gusto ajeno, privilegiar exclusivamente los anhelos del ser querido o esconder lo más auténtico de la propia personalidad, aunque el coste sea anularse como persona. Para Coria resulta claro que el motivo evidente que origina muchos de estos "cajoneos" tiene su origen en el deseo de agradar que han heredado culturalmente las mujeres a través de la educación:

"Dicho deseo es, sin duda, una necesidad muy humana (...) resulta muy reconfortante despertar el interés y la aceptación de quien nos atrae. Sabemos que cuando el afecto es correspondido se consolida nuestra estima, se regocija el corazón y se apaciguan los temores de abandono. Cuando esto sucede, se abre ante nosotras la promesa de un futuro compartido. El agrado recíproco hace de la esperanza un puerto confiable, un lugar donde recalar, un rincón de certeza en la vastedad incierta que es la vida" (Coria, 2005).

A las mujeres se las ha educado en la cultura patriarcal para que sean entregadas, para que se auto sacrifiquen por los demás, para que antepongan las necesidades de los demás a las suyas propias. Algunas terminan confundiendo amor con servilismo, otras caen en el rencor absoluto (hacia los demás y hacia sí mismas):

"Algunas personas exageran sus afanes por satisfacer las demandas del ser querido, dispuestas a "sacrificarse" con la remota esperanza (consciente o inconsciente) de que dichos "sacrificios" les garanticen un amor vitalicio. Con frecuencia, estos sacrificios son en realidad renunciadas unilaterales que no hacen sino intensificar las expectativas de retribución por parte de quien así se sacrifica. Expectativas que, con frecuencia, se transforman en demandas asfixiantes hacia el beneficiario de dichos "sacrificios", (...) que



suele sentirse tan agobiado por el peso de la demanda que el vínculo amoroso se transforma en un cautiverio infernal". (Clara Coria)

Dar exigiendo lo mismo a cambio no es actuar desinteresadamente, sino con vistas a hacerse imprescindible para el otro; de este modo la pareja es una relación contractual con derechos y obligaciones. Ese contrato es lo que ahoga el amor en ocasiones, porque uno pierde la inocencia en su entrega cuando el otro exige la misma intensidad que da y cuando una se pone a calcular lo que le da la otra persona. Y, sin embargo, la libertad y la entrega son consustanciales al amor, que no se puede explicar como un pacto racional, pese a que nosotros lo encuadremos en instituciones como el matrimonio.

La posesividad que sienten algunas mujeres hacia sus parejas (homo y heterosexuales) corresponde a un miedo terrible a perder, de ahí el deseo de acumulación, la necesidad de controlar el futuro, de establecer unas pautas marcadas para que todo siga siempre igual. **Este miedo es lo que nos hace ser posesivos; y además demuestra que el amor romántico es individualista y egoísta, porque a veces exigimos un nivel de reciprocidad que convierte a las relaciones humanas en inversiones de las que tenemos derecho a obtener resultados visibles.**

En la posmodernidad existe una tendencia del hombre posmoderno a *aprovechar la libertad* de su soltería (especialmente en la juventud), y de la mujer a querer vivir una aventura amorosa excitante y prolongada, a querer encontrar la plenitud y la vida en sus relaciones sexuales y sentimentales. Esta tendencia va transformándose con el paso del tiempo, porque **las mujeres valoramos cada vez más nuestra independencia y autonomía, y ya no necesitamos recursos, protección ni ayuda de los hombres.**

No los necesitamos, pero seguimos deseándolos, lo que demuestra que la cultura amorosa patriarcal está inserta muy dentro de nuestros subconscientes, actuando de trasfondo de nuestras emociones. Y es que creo que es en el amor donde se encuentra el último reducto del patriarcado, ya que es en el seno de la pareja donde cristaliza ese juego de dependencias mutuas.

Del mismo modo que los hombres necesitan poder, las mujeres también necesitamos sentirnos poderosas con respecto a ellos. Muchas construyen su autoestima en torno a la valoración que le otorga su pareja, por eso las rupturas con un ser amado también conllevan muchas otras pérdidas personales y la cristalización de muchos de nuestros miedos. Ahora tenemos independencia económica, pero antes solo podíamos alcanzar estatus y acceso a los recursos a través del matrimonio.

Las mujeres posmodernas desean moverse en el ámbito masculino (el mundo público) con libertad y en igualdad de condiciones, y el amor sigue siendo una forma de relacionarse con los hombres en ese ámbito. A veces nos acusan de utilizar nuestras habilidades en el ámbito de los sentimientos para sentir que tenemos el poder sobre ellos; las pesadillas masculinas siempre tratan de huir de las mujeres insaciables que les devoran y les

anulan la personalidad, aislándolos de su entorno vital y sobre todo, de su mundo masculino.

A pesar de los miedos, es muy importante apreciar el hecho de que las mujeres **vamos conquistando lentamente la independencia emocional. Una prueba de ello es el aumento de las que viven solas y tienen relaciones libres esporádicas o estables con otros hombres con los que no desean comprometerse.** A menudo prefieren la soledad porque vivir en compañía es difícil, la convivencia es muy dura, y en ocasiones nos sentimos encerrados cuando formalizamos una relación.

Por eso en ocasiones el hombre y la mujer posmoderna tratan de enfriar las relaciones y mantener al amor o la pasión en un segundo plano, de modo que no desequilibre sus vidas; la soledad es cómoda porque no plantea problemas. **La desventaja de la soledad es que es también muy dura, especialmente cuando enfermamos, o cuando pasamos malas épocas (en el trabajo, con la familia, con nosotros mismos) y necesitamos que nos escuchen y nos apoyen.**

Lo curioso es, sin embargo, que la tercera generación de mujeres, las que en la actualidad son **adolescentes, establecen unas relaciones amorosas muy tradicionales.** Si en mi generación las mujeres hemos hecho alarde de ser libres, y hemos roto definitivamente las cadenas que ataban a nuestras madres (hemos hablado de sexo antes de practicarlo, usamos con naturalidad píldoras, condones, diu y anillos, no necesitamos casarnos para nada, y podemos tener relaciones con quien queramos), **la nueva generación parece volver a la idea del "tú y yo para siempre".** Psicólogos, educadores sociales y asistentes sociales muestran su asombro al comprobar cómo muchas de estas niñas, especialmente las de clase baja y ambientes marginales, se someten voluntariamente a su *macho*, permiten que su macho se pelee con otros "por ella", permite que su *macho* la vigile y la lleve a casa cuando el *macho* considera que es el momento de seguir divirtiéndose solo o con amigos.

Estas adolescentes por un lado se presentan como **mujeres duras**, y se visten como **guerreras hiphoperas**, aunque su atuendo de gala se caracterice por un uso exagerado del bolso y los zapatos de tacón que llevaban nuestras abuelas y madres. Entenderemos este fenómeno mejor si pensamos en la Juani de *Yo soy la Juani*. Este tipo de niñas-mujeres sufren una contradicción enorme entre lo que son cuando están sin novio y en lo que se convierten cuando lo tienen; es frecuente que muchas piensen que no es malo que tu pareja te de un *cachete* de vez en cuando. **Están insensibilizadas con respecto a la opresión patriarcal, no saben de feminismos, y lo de violencia de género lo asumen como violencia pasional. A las novias fieles, los niños-hombre las dotan de un estatus de respetabilidad; a las mujeres que tienen relaciones libres se las llama *guarrillas*: la doble moral sigue inserta en lo más profundo del imaginario colectivo.**

Es un fenómeno que sin embargo hasta ahora no ha sido analizado con suficiente profundidad; pero queremos subrayar su complejidad porque



también se ha percibido una integración de los modelos amorosos latinoamericanos en los amores adolescentes de la calle o del instituto. De algún modo, los valores latinos, su pasionalidad, su división de roles y sus rígidos estereotipos (ellas están locas por tener novio a toda costa, ellos siempre tratan de ponerlas los cuernos sin que ellas los dejen), están mezclándose en nuestro país con los modelos amorosos posmodernos.

Habrá que ver el resultado de esa mezcla, porque es un fenómeno radicalmente contrario al ambiente urbano juvenil en general. Las generaciones de mujeres universitarias que han surgido desde la transición española hasta la actualidad, nos sentimos orgullosas de estudiar, de ser autónomas. Valoramos nuestra independencia y las oportunidades que hemos tenido, porque nuestras abuelas no las tuvieron. Deseamos relaciones igualitarias con hombres que sean capaces de disfrutar de una relación sin miedos e inseguridades. Controlamos nuestra capacidad reproductora y somos más dueñas de nuestros cuerpos que nunca; por supuesto no permitiríamos que un macho alfa se pelease con otro alfa por nosotras, porque no somos propiedad de nadie.

Nuestras formas de relacionarnos con el otro sexo oscilan entre el romanticismo idealizado, la pasión turbulenta o los períodos de descanso emocional y desenfreno sexual. Muchas buscan a su príncipe azul y mientras se divierten; otras ya lo tienen y lo disfrutan; unas se cansan pronto y buscan de nuevo otro príncipe azul.

Nuestras abuelas admiten que aguantaron demasiado, *"pero vosotras no aguantáis ná"*. **La mujer posmoderna es exigente porque desea un hombre que cumpla sus expectativas: un hombre que no sea machista, que no nos sustituya por su madre, que no nos huya como a las esposas, que sea capaz de relacionarse libre e igualitariamente con nosotras. Queremos hombres seguros de sí mismos, inteligentes, con sentido del humor, independientes, guapos y con habilidades sociales, y huimos del macho ibérico de doble moral, que va perdiendo poco a poco su atractivo. Queremos demasiado, quizás.**

En ese querer demasiado residen las frustraciones femeninas; quizás es cierto que empleamos excesivo tiempo y energía en la empresa amorosa, cuando nunca obtenemos de ella más que decepciones, luchas de poder, traiciones, huidas y sufrimiento. Esto es así cuantas más expectativas tenemos puestas en el amor como la meta ideal de nuestra vida, o como solución a todos nuestros problemas. Si además de amor queremos lograr a través de él la felicidad, al final nos perdemos en abstracciones inevitablemente decepcionantes que no nos sirven para relacionarnos con los demás; **sólo amando a los que nos rodean tal y como son podemos realmente crear redes emocionales contra la soledad y hacernos la vida más fácil unos a otros.**

Es curiosa la afirmación de los estudios sociológicos, que revelan que la verdadera emancipación de las mujeres no se produce al enamorarse y emparejarse, sino después, cuando se separan o enviudan. Las mujeres

más mayores están situándose como una de las fuerzas sociales más poderosas en Occidente, pues tienen salud, energía, poder adquisitivo, experiencia en la vida, y redes sociales que les reportan gran satisfacción. Estas mujeres no necesitan ya hombres, y, si establecen relaciones con ellos, es bajo la fórmula de "tú en tu casa y yo en la mía" (especialmente si pueden permitírselo económicamente). Porque, **una vez alcanzada la autonomía y la independencia, las mujeres menopáusicas no quieren renunciar a ellas por la llegada del amor. Ya no lo es todo en sus vidas, y muchas prescindan de él. Porque no lo necesitan para sentirse completas.**

5 ¿Están los hombres en crisis?

En la década de los 80, son muchos los escritores que se hacen eco de *la bancarrota del hombre*, mientras que los psicólogos inciden en su creciente desamparo psicológico durante los últimos veinte años, desde que se produjo la revolución feminista y la revolución gay.

Algunos historiadores norteamericanos fechan la aparición de la **crisis masculina en Estados Unidos en la década de los 80 del siglo XX** (Kimmel, 1999); otros a partir de 1890 (Filene y Peter G, 1974). Según estos expertos en *Men's Studies*, la crisis de la masculinidad se hizo evidente cuando las mujeres, igual que en Europa, pretendieron hacer algo más que ser madres hogareñas. Más ruidosas que las europeas, según **Elisabeth Badinter**, manifestaron su cansancio y se rebelaron contra las convenciones. Crearon clubs femeninos, enviaron a sus hijas al colegio y comenzaron a trabajar fuera de casa. La mujer norteamericana reclama para sí el poder de quedarse soltera o casarse según sus sentimientos y voluntad, pero si se casa, tiene menos hijos y no por ello se someterá al marido. Reclaman el derecho al divorcio, y el derecho a votar.

Cuanto más alto expresaban las mujeres sus reivindicaciones más se hacía evidente la vulnerabilidad de los hombres: con un rol masculino incierto y un gran pánico de la feminización, el norteamericano medio de principios de este siglo ya no sabe cómo ser un hombre digno de este apelativo. En 1909 un periodista comentaba ante el éxito en las masas del fútbol americano y el béisbol: «El campo de fútbol es el único lugar en el que la supremacía masculina es incontestable». (Badinter, 1993).

En Francia y España revistas especializadas publicaron números especiales sobre la masculinidad en crisis entre 1970 y 1980. En el ámbito hispanoamericano, la primera revista que dedica un especial a los hombres es **El Viejo Topo** en el extra número 10, en los años 70, con colaboraciones de **Gérard Imbert**, Gilles Bienvenu, o Jean Vandenesch.



Es en los 90 cuando los medios de comunicación masivos comienzan a prestar atención a este fenómeno. En EE.UU., *The Economist* daba la señal de alarma con su apertura de portada: *The trouble with men*. En su número del 28 de Septiembre de 1996, el tema principal fue analizar la presunta decadencia masculina. **Esta decadencia puede ser debida, se comenta en el artículo, al verse los hombres progresivamente sobrepasados, en todo el Occidente desarrollado, por una imprevista e inminente supremacía femenina.**

Enrique Gil Calvo (2006) hace una síntesis de las cinco áreas donde parece poder probarse cierto declive de la antigua dominación masculina:

– El **acceso masivo de las mujeres a la enseñanza superior** (mientras que los chicos monopolizan el fracaso escolar).

– En el mundo del trabajo los empleos tradicionalmente masculinos de cuello azul disminuyeron por efecto de la reconversión industrial, y se multiplicaron los empleos de cuello blanco (ventas, administración, finanzas, comunicación) y sobre todo, los de cuello rosa (enseñanza, sanidad, hostelería, servicios personales, protección social) **donde las sobreeducadas mujeres cobran una clara ventaja.**

– En la escena política norteamericana estaba ascendiendo una generación de mujeres que, bajo la égida de Hillary Clinton, imponía su agenda militante a unos partidos políticos todavía masculinos, pero que **cada vez más obligados a obedecer las exigencias femeninas de corrección política, dada la decisiva mayoría de mujeres votantes que determinaban los resultados electorales.**

– **En la estructura familiar, progresivamente monopolizada por mujeres dada la decadencia del matrimonio, el abandono masculino y la notoria ausencia del padre, que determina el crecimiento imparable de los hogares monoparentales matrifocales.**

– Y por último, pero no menos importante, **la evidente autodestructividad masculina:**

«Patentemente desmoralizados, los varones tiraban la toalla, renunciaban por doquier a la búsqueda del éxito social y se entregaban con resentimiento a la adicción, el nihilismo, y la violencia reactiva. Delincuencia, crimen, suicidio, enfermedades, violaciones, accidentes y toxicomanías parecían las únicas actividades masculinas en alza, determinando entre los hombres unas carreras vitales aparentemente predestinadas a la autodestrucción, los episodios depresivos recurrentes y la muerte temprana». (Gil Calvo, 2006).

En su extenso ensayo, Gil Calvo enumera las razones por las cuales se ha generalizado entre la opinión pública una caricatura tan peyorativamente antimasculina:

- Puede haber influido la **necesidad de halagar la buena conciencia de las mujeres** que constituyen la mayoría decisiva del público en tanto que consumidoras, telespectadoras, radioyentes, lectoras y electoras (áreas todas estas cuya audiencia agregada es predominantemente femenina).

- **Todos los hombres se acostumbran a representar de mayores «el más que dudoso papel de héroe maldito de pacotilla.** [...] *A los hombres, en el fondo, toda esta cruz de la decadencia masculina nos encanta, a pesar de que en principio debería herir nuestro amor propio. Así que toda esta épica de la supuesta degeneración masculina bien pudiera estar principalmente destinada a halagar los bajos instintos narcisistas de los hombres, siempre predispuestos a creerse unos niños malos, perversamente capaces de hacer llorar a mamá».*

- Podría ser también una **mera estrategia negociadora, que busque recomponer en beneficio exclusivo de los hombres** el viejo contrato sexual: *«En este sentido, si convencemos a la opinión pública de que pronto seremos el segundo sexo, ¿por qué no reclamar una futura discriminación positiva que beneficie a los varones damnificados en exclusiva?»*

- También podría este lamento sobre la decadencia ocultar, en realidad, una **patética petición de auxilio**. Esta estrategia es una constante: como se supone que los hombres no lloran: *¿quién no se asusta y se apiada ante el llanto masculino?*

Sin embargo, esta oleada de lúgubre melancolía masculina también podría ser sincera:

*"Lo cierto es que nuestra generación (me refiero a los hombres nacidos en Occidente durante la posguerra, que ocupan hoy las posiciones de control sobre la definición de la realidad) es la primera cohorte de varones revestidos de mala conciencia masculina. Al llegar a la mitad del camino de nuestra vida, nos sentimos culpables por casi toda nuestra vida, nuestra ejecutoria previa (anarquismo de los años 60, arribismo de los 70, corrupción de los 80, derrota de los 90) que nos ha llevado a traicionar orígenes, raíces, principios, y señas de identidad, renegando de todas las revoluciones de salón a las que nos aventuramos de boquilla presumiendo heroicidad. Nos sentimos sobre todo culpables por haber traicionado la revolución feminista, en la que nos embarcamos alegremente como compañeros de viaje con la esperanza de explotarla en nuestro exclusivo beneficio, por obra y gracia de la llamada liberación sexual. Verbalmente sostuvimos que nos solidarizábamos con la mujer, a la que paternalistamente reconocimos su igualdad de derecho. Pero, **en la práctica, hemos ejercido la desigualdad de hecho. Esto explica nuestra mala conciencia.** (Enrique Gil Calvo, 1997).*

Otras hipótesis se basan no tanto en la reacción defensiva contra la revolución sexual femenina como en una necesidad estructural masculina, que nace dentro del varón: *«Son los propios hombres quienes se ven en sí mismos obligados a transformarse y cambiar por propia iniciativa, al margen y con independencia de cuál sea por su parte la evolución femenina.» (Gil Calvo, 1997)*



Este autor propone la hipótesis de que la actual crisis de la sensibilidad masculina posmoderna **podría representar la dolorosa transición** «desde el aún vigente pero ya caduco modelo de varón individualista a un incierto y todavía inédito modelo futuro de varón posindividualista. No estaríamos así ante una crisis de mera decadencia como ante una crisis de inicio, conmutación y apertura».

Otros autores como **Moore y Gillette** (1993), y **Robert Bly** creen que las causas de la crisis de la masculinidad se basan principalmente en **la falta de modelos adecuados de hombres maduros y la carencia de cohesión social y de estructuras institucionales para actualizar el proceso ritual**. Esta carencia provoca la búsqueda identitaria de una solución individual, «cada hombre por sí solo». Durante el transcurso de los siglos de civilización en Occidente, casi todos los procesos rituales se han abandonado o se han deslizado por caminos más angostos y menos energéticos, convirtiéndose en los fenómenos que llamamos pseudoiniciaciones. Gillette y Moore (1993) creen que los hombres actuales necesitan llegar a la madurez, **aprender a amar y ser amados por el hombre maduro, y mejorar las relaciones masculinas sin competitividad ni hostilidad**:

Al desconectarnos del ritual, hemos acabado con los procesos mediante los cuales hombres y mujeres lograban su identidad de género de una manera profunda, madura y que mejoraba su modo de vida. [...] Estamos rodeados por las manifestaciones de la psicología del adolescente y sus síntomas se pueden advertir fácilmente. Entre ellos están los comportamientos prepotentes y violentos contra los demás, el miedo, la pasividad y la debilidad, la incapacidad de actuar de manera efectiva y creativa en la propia vida y de engendrar la vida y la creatividad en los demás. [...] Lo que está faltando no es la conexión adecuada con lo femenino interior, como muchos psicólogos de prestigio suponen. [...] Lo que está faltándonos es una conexión adecuada con las energías masculinas profundas e instintivas, con los potenciales de la masculinidad madura. Debemos conseguir una sensación de tranquilidad respecto del poder masculino de tal manera que no sea preciso actuar con un comportamiento dominante y agresivo. (Moore y Gillette, 1993).

En la actualidad, Elisabeth Badinter cree que los hombres se hallan en un cruce de caminos que, a menudo, toma para ellos la forma de un dilema insoportable: mutilación de su feminidad o mutilación de su virilidad; «herida mortal para su «alma femenina» o bien ahogamiento en el regazo maternal». Ella cree que la vía intermedia sería la más recomendable, probablemente porque en todo ser humano se encuentran características de todo tipo.

Lo único que ocurre es que unas se han asociado al género femenino y se han mostrado como negativas, y otras se han considerado positivas y pertenecientes al ámbito de la masculinidad. Pero en realidad ambos polos forman un todo; el ser humano es un ser complejo lleno de contradicciones y matices de intensidad, y varía en sus comportamientos a lo largo de su vida. **Las identidades ya no son estables, de modo que ahora es más fácil construirse una propia admitiendo la existencia en uno mismo**

de características pertenecientes a ambas categorías, despolarizándolas, matándolas en performances andróginas. De este modo, al reconocer en sí mismos la convivencia pacífica de esos modelos bisexuales y la performatividad del género (Beatriz Preciado, 2002), la lucha interna de las personas dejaría de ser tan despiadada, y el género podría dejar de ser un motivo de angustia interna para los hombres.

En este sentido, las mujeres están más liberadas de esa lucha porque tenemos interiorizada de manera natural la masculinidad y la feminidad, sin contradicciones emocionales. Las etiquetas de fortaleza, dureza y valentía, no son exclusivamente masculinas; son adscripciones y estereotipos de géneros creados en el seno de culturas patriarcales que dividen a las personas en dos grupos diferenciados e interdependientes. Y es que la riqueza de los humanos está precisamente en que todas somos vulnerables y fuertes a la vez, activos a veces y pasivos otras, ganadoras y perdedoras también.

En general, **la crisis de masculinidad es un fenómeno íntimamente relacionado, creo, con la violencia de género. Muchos de los hombres maltratadores no soportan la autonomía económica de sus compañeras, y temen perderlas por su libertad para moverse, las redes sociales que cultivan, o las pasiones propias que quitan tiempo de atención al marido.** No sólo el empoderamiento femenino, sino también su libertad para irse o quedarse, para cambiar de pareja, para rehacer su vida con quien quiera, son motivos que llevan a muchos a tratar de controlar a "sus mujeres", de dominarlas físicamente y psíquicamente, de chantajearlas o quitarles la vida; actos de egoísmo puro y de falta de adaptación a las nuevas realidades sociales, políticas, sexuales y emocionales. **Muchos hombres piden ayuda para superar el miedo a la libertad y el poder femenino; pero también es cierto que la principal causa de muerte para las mujeres en todo el planeta sigue siendo el asesinato, a manos de maridos, ex maridos, amantes y pretendientes.**

En el mundo occidental ha emergido una especie de neomachismo que se traduce en una deslegitimación continua de los logros feministas. Hombres y mujeres consideran que el feminismo, se igual modo que el ecologismo, es practicado por gente *radical*; el estereotipo de la feminista es una figura desagradable, amargada y odiadora a la que ninguna mujer quiere parecerse. Estos hombres y mujeres esgrimen en los debates una sarta de argumentos anti igualitarios que reflejan las resistencias sexistas a aceptar los cambios en las estructuras familiares, sociopolíticas, afectivas, etc. que se han producido como consecuencia de las políticas de igualdad que se vienen aplicando desde, y gracias a, la revolución feminista de los años 70.

De hecho, la mayor parte de los autores, como **(Robert) Conell** (1995), sitúan la crisis masculina en el seno de la crisis del patriarcado. Los hombres desde entonces se han sentido desorientados ante la ruptura y transformaciones de las estructuras laborales, sociales, económicas, políticas y sobre todo, individuales que están teniendo lugar. Algunos se sienten culpables porque han defendido la lucha feminista, pero luego son



incapaces de ceder sus privilegios de clase y de relacionarse igualitariamente en su vida cotidiana, especialmente en lo que concierne a las tareas domésticas. **Las mujeres siguen tratando de concienciar a los hombres de que no han nacido para servirles ni para ser criadas ni madres patriarcales, pero a muchos les costó (y les cuesta todavía) asumirlo y renunciar a tareas desagradables como limpiar los retretes o cambiar pañales,** según Donald H. Bell (1987).

Por otro lado, **los hombres sienten que han perdido sus modelos de referencia, ya que el de sus padres, educados en la cultura patriarcal** (y por tanto machistas, dependientes de sus mujeres, autoritarios, con dificultad para establecer relaciones íntimas y para expresarse emocionalmente) **ya no les sirve como ejemplo a seguir.** Lo que desorienta al varón posmoderno es la libertad a la que se enfrentan, la falta de modelos masculinos no patriarcales y cierto complejo de castración, que simboliza el miedo a la amputación o liquidación de su ser y sus roles de género.

Las mujeres posmodernas, aunque no todas, intentamos, (y vamos consiguiéndolo, creo), dejar atrás los estereotipos de madre/santa, virgen/princesa o puta/diablesa, porque no queremos ser encorsetadas bajo etiquetas tan excluyentes. Nos ofrecemos desidealizadas, tal y como somos; pero soñamos con un compañero que sea perfecto, y con una relación que sea todo pasión, respeto, cariño, sexo, cuidados, sinceridad infinita.

Queremos compartir y ser tratadas como iguales, sin paternalismos ni autoritarismo, y sin miedos ancestrales; pero **a los hombres les cuesta, creo, relacionarse igualitariamente, primero porque los entornos masculinos (deportes, negocios) son jerárquicos y competitivos, y segundo porque en la tradición los varones siempre se han situado o bien en un plano superior al colectivo femenino, o en un plano de dependencia emocional con respecto a sus madres y esposas.**

La crisis de la masculinidad, desde mi punto de vista, es en gran parte identitaria porque los varones ya no sustentan el papel de proveedor principal, cabeza de familia, rey de su casa y amo de sus propiedades, su mujer, sus hijos e hijas. Ya no son necesarios ni para la defensa, ni para el mantenimiento de un hogar, ni para la reproducción, como lo demuestra el aumento de familias monoparentales encabezadas por mujeres independientes, y como lo demuestra el uso de las técnicas de reproducción asistida. Los hombres se quedan desprovistos de autoridad y muchos se declaran angustiados: *«Solo sabemos que estamos angustiados, al borde de sentirnos impotentes, desvalidos, frustrados, aplastados, no queridos ni apreciados, a menudo avergonzados de ser hombres»* (Moore y Gillette, 1993).

Ahora todo es negociable: los hijos e hijas reniegan del padre ausente y apenas conocido, las mujeres se rebelaron hace tiempo contra la doble moral sexual, y los hombres han de asumir las consecuencias de sus actos. **Su constante deseo de escapar (de sí mismo, de sus sentimientos, de sus compromisos, de sus problemas, de su**

paternidad) ha sido denominado *síndrome de evitación, de ausencia o de abstención masculina.*

Según **Fernando Savater**, citado en Gil Calvo (2006), siendo la voluntad masculina potencialmente infinita o al menos indefinida, se ve obligada a tener que elegir trágicamente entre querencias contradictorias: *«Debido a que no se puede querer a la vez todo y ahora, y debido a la necesidad de ordenar y anteponer unas voluntades con preferencia sobre otras, el hombre posmoderno sufre porque no puede tenerlo todo ni imponer su santa voluntad del mismo modo que lo hacía antaño, pese a que sus madres los sigan educando para ser hombres adultos egoístas y ventajistas.»*

Este deseo de evasión de su realidad, su deseo de regresión a la infancia y su falta de implicación emocional ahora es visto como un **signo de inmadurez**, no de autonomía e independencia. Paralelamente, sin embargo, muchas mujeres se resisten a perder sus privilegios de género y se pasan la vida anhelando un hombre que las proteja, las cuide y las mantenga mientras ellas se entregan a la tarea reproductora.

Lo que ocurre es que las mujeres posmodernas también nos sentimos perdidas y de alguna manera, paralelamente al proceso de empoderamiento también estamos viviendo una crisis por las trabas que encontramos en el camino hacia la libertad y el amor. Son dos grandes aspiraciones que sentimos contradictorias de igual modo que los hombres; y además sentimos que los modelos de relación anteriores (el modelo que ofrecen los abuelos o los padres) no nos valen. Tampoco nos son válidas como ejemplo a seguir las ficciones románticas que nos seducen con modelos amorosos idealizados, porque hemos descubierto que el amor no es para siempre y que una cosa es imaginar y otra vivir, y convivir.

Muy a nuestro pesar, descubrimos que el patriarcado está en nuestras emociones, anhelos y objetivos en la vida; y son muchas las personas (mujeres y hombres) que se sienten cómodas adoptando roles y actitudes tradicionales porque no disfrutan saliéndose de los guiones preestablecidos. Las etiquetas nos proporcionan seguridad porque sabemos cuál es nuestro papel y qué se espera de nosotras; pero muchas otras luchan por romper esas clasificaciones rígidas que empobrecen nuestra vida y nuestras relaciones sexuales y afectivas.

Creo que el camino para ellos y nosotras es construir otros modos de relación más personalizados, basados en reflexiones, apetencias, querer y acuerdos con compañeros y compañeras que se atrevan a experimentar en el ámbito de la sexualidad y las emociones. No nos queda otro remedio, entonces, que sacudirnos el miedo de encima y buscar nuevos modos de relacionarnos... por ejemplo, configurando pactos continuamente buscando una armonía de poderes, para crear relaciones basadas en la complicidad y el compañerismo, alejadas de las mecánicas de dominación y sumisión tradicionales. Y por supuesto, compartiendo recursos en políticas de igualdad y saliendo juntos y juntas a la calle, para reivindicar nuestros derechos unidos.



Anexo: ¿Para qué sirve el feminismo?

-Para que se respeten los derechos humanos de todas las personas, independientemente de su sexo/género y de su orientación sexual.

-Para que las mujeres tengan libertad de movimientos y puedan estar en todos los espacios. Para que puedan caminar por la calle sin miedo.

-Para que los niños y las niñas tengan educación sexual y sepan cómo disfrutar sin riesgos de embarazo o enfermedades.

-Para que los hombres se sientan libres para expresar sus sentimientos, para que puedan desarrollar sus emociones y compartirlas con el resto.

-Para que las mujeres puedan cobrar los mismos sueldos que los hombres en los mismos puestos de trabajo.

-Para que las niñas puedan ir al colegio y a la universidad. Para que puedan ejercer su profesión sin obstáculos y en igualdad de oportunidades.

-Para que las mujeres no conciban su cuerpo como un lugar de pecado. Para que puedan disfrutar de su sexualidad y erotismo sin miedo al "qué dirán".

-Para que los hombres puedan tener relaciones bonitas con mujeres libres y autónomas.

-Para que los hombres puedan tener relaciones bonitas con otros hombres, y las mujeres con otras mujeres, sin sufrir castigos o discriminación.

-Para que los niños aprendan a cuidarse y a cuidar su propio hogar. Para que no necesiten una criada de mayores.

-Para erradicar las mutilaciones genitales a niñas y mujeres.

-Para eliminar la muerte por lapidación pública de mujeres acusadas de ser infieles con sus maridos.

-Para que las mujeres que trabajan en casa sean reconocidas como valiosas por una sociedad que no da importancia a las tareas básicas para la supervivencia (nutrición, higiene, cuidados).

- Para que las mujeres y los hombres se sientan libres a la hora de elegir compañero/a, y a la hora de separarse.
- Para que las mujeres y los hombres críen a sus hijos e hijas en igualdad de condiciones y buen trato. Para que no les transmitan el patriarcado. Para que les enseñen roles de dominación o sumisión.
- Para que los hombres puedan vestirse de mujeres sin esconderse.
- Para que las mujeres no sean violadas en el seno de sus familias o en las calles.
- Para que las mujeres no sean maltratadas psicológica o físicamente por sus parejas.
- Para que las mujeres lesbianas y transexuales no sean discriminadas ni castigadas.
- Para que cese la trata de esclavas sexuales y el tráfico de mujeres en todo el mundo.
- Para que las mujeres puedan ser independientes emocionalmente, y económicamente.
- Para que cesen los asesinatos masivos de mujeres a manos de sus maridos, padres, hermanos, o carteles de drogas.
- Para que las mujeres puedan votar y ser votadas.
- Para que las mujeres elijan libremente si quieren o no ser madres.
- Para que puedan disfrutar de su maternidad libremente sin que su carrera profesional se vea dañada.
- Para que los hombres puedan dar y recibir afecto en público sin miedo a que les llame "maricones".
- Para que los niños y las niñas puedan disfrutar de sus padres y de sus madres.
- Para que los hombres sepan valorar y puedan comunicarse con sus amigas, vecinas, jefas, compañeras, hermanas, primas, madres y parejas sentimentales.
- Para que las mujeres puedan organizarse y unirse para defender sus derechos. Para que puedan tejer redes de ayuda mutua.
- Para que las mujeres transexuales no sean discriminadas, para que cese la violencia contra todo el colectivo inter y trans, para que nadie sea castigado/a por su orientación sexual.



El Rincón de Haika

-Para que las mujeres y los hombres no sean discriminadas por factores de etnia, religión, edad, idioma, ideología, edad o clase socioeconómica.

-Para que la sociedad sea mejor. Si nos tratamos bien entre todas habrá menos dependencia, y por tanto, menos desigualdad y menos sufrimiento.

Los feminismos si sirven; para luchar contra la discriminación y la violencia. Los feminismos sirven, también, para defender los derechos de todas y todos. Si sirven, si. Son tan necesarios como los movimientos sociales, los movimientos ecologistas, pacifistas y todos aquellos que están luchando y tejiendo redes para construir un mundo mejor. Tenemos que trabajar unidas, ahora más que nunca.

Coral Herrera Gómez

Fuente de los artículos:

El Rincón de Haika

El Rincón de Haika en las redes:

El Rincón de Haika en Google+

El Rincón de Haika en Scoop

El rincón de Haika en Facebook

Coral Herrera en Facebook

Coral en Pinterest

Coral en Youtube

@coralherreragom en Twitter



Coral Herrera Gómez



Nací en Madrid y vivo en Costa Rica. Soy una apasionada de las letras, del queer y de las redes sociales. He publicado dos libros con la Editorial Fundamentos y la Editorial Txalaparta sobre temas de género (identidades, teorías, movimientos, cuerpo, sexualidad, emociones, política, afectos, deseos, derechos humanos). Escribo en El Rincón de Haika desde hace 5 años y colaboro con diversas revistas, del ámbito académico y del ámbito periodístico sobre temas como los feminismos, las masculinidades y los movimientos sociales.

Soy Doctora en Humanidades y Comunicación Audiovisual por la Universidad Carlos III de Madrid, y trabajo como profesora e investigadora, consultora en temas de género y comunicación, escritora y Social Media Manager en instituciones como UNESCO y AECID, en dos editoriales españolas, en la Universidad de la Sorbona en París y en la Universidad Carlos III de Madrid.